

trase á la izquierda del pasaje que conduce al Museo; mientras que enfrente á la derecha se halla una puerta de honor del Vaticano en el que vigila un retén de la guardia suiza y por esa puerta es por la que entran los coches de dos caballos, que, según las prescripciones de la etiqueta, llevan al patio de San Dámaso á los que van á visitar al cardenal secretario y á Su Santidad.

Siguieron el largo pasaje, la calle que sube entre una ala del palacio y las tapias de los jardines pontificales y al cabo llegaron al Museo de Antigüedades. ¡Ah! ¡Museo inmenso compuesto de salas sin fin, museo en el que se encierran tres; el antiguo Museo Pío Clementino, Museo Chiaramonti y el Braccio Nuovo, todo un mundo hallado bajo la tierra, exhumado, glorificado sobre la misma y en pleno día. Durante más de dos horas lo recorrió el joven presbítero, yendo de una á otra sala, deslumbrándole aquellas obras maestras, aturdiéndole tanto genio y tanta belleza. No eran solo los trozos ó restos célebres los que le admiraban, el Laocoon y el Apolo, de los gabinetes de Belvedere ni el Meleagro, ni el torso de Hércules; sino que le sorprendía, le dominaba más la cantidad incontable de Venus, de Bacos, de emperadores y emperatrices deificados; por todas partes aquella exhuberancia soberbia de hermosas carnes, de carnes augustas, celebrando la inmortalidad de la vida. Tres días antes, había visitado el Museo del Capitolio, en el que pudo admirar la Venus, el Galo moribundo, los centauros maravillosos de mármol negro y la colección extraordinaria de bustos.

Pero en el Museo Vaticano, encontró otra vez esa admiración, pero duplicada hasta el estupor por la inagotable riqueza de aquellas salas. Y más ansioso quizás de la vida que del arte, ensimismóse otra vez ante los

bustos, en los que resucita tan real la Roma antigua; que si ciertamente fué incapaz de crear la belleza ideal de Grecia, dió sin embargo, á luz la vida. Allí están todos, emperadores, filósofos, sabios, poetas, viendo todos ellos con una prodigiosa intensidad, tales cuales eran estudiados y reproducidos con artístico escrupulo por el artista, con sus deformidades, sus tachas y hasta las menores particularidades de sus rostros y de ese extremado cuidado de la verdad, salía el carácter, una evocación de una potencia extraordinaria. Nada hay en suma, nada más alto, son los hombres mismos los que reviven, que rehacen la historia, esa historia falsa cuya enseñanza basta para que execren la antigüedad, generaciones de alumnos. Desde entonces, como se comprende, como se simpatiza! Y era por esto el porque los menores pedazos de mármol, las estatuas truncadas, los bajos relieves en pedazos, hasta un sólo miembro, brazo divino de ninfa ó nerviosa pierna de sátiro, evocaban el resplandecimiento de una civilización de luz, de grandeza y de fuerza.

Acompañó Narciso á Pedro á la galería de los Candelabros, que tiene cinco metros de largo y en la que se hallan reunidos muy hermosos trozos de escultura.

—Escuchadme, querido abate, no son apenas más que las cuatro,—dijo,—y vamos á sentarnos un momento aquí, por que suele suceder, según me han dicho, que el papa pasa por estos sitios para bajar á los jardines. Sería una verdadera suerte, si pudieseis verle ó hablarle, ¿quién sabe? de todos modos descansareis por que debéis tener tronchadas las piernas.

Conocíanle todos los celadores por su parentesco con monseñor Gamba del Zoppo, pues éste abría todas las puertas del Vaticano á donde le agradaba ir á

pasar días enteros. Había dos sillas allí, y en ellas se instalaron poniéndose inmediatamente á hablar del arte.

¡Qué Roma aquella con su soberana realeza propia y ajena! No parece si no que es un centro en el que el mundo entero converge y va á parar allí, pero en el que nada crece en el suelo herido de esterilidad desde el principio. Es preciso aclimatar las artes, trasplantar el génio de los pueblos vecinos que desde luego florece espléndidamente. Bajo los emperadores y cuando es la reina de la tierra, es de Grecia de donde procede la belleza de sus monumentos y de sus esculturas; más tarde, cuándo nace el cristianismo, quédase allí impregnado todo él de paganismo y es fuera de allí, en otro terreno, en donde se produce el arte gótico, el arte cristiano por excelencia. Mas tarde, durante el Renacimiento, es Roma la que resplandece en el siglo de Julio II y de León X, pero son artistas de Toscana y de la Umbría los que preparan el movimiento, los que la lleva á tan prodigiosa altura. Por segunda vez el arte va á ella desde fuera, la da la soberanía del mundo, adquiriendo en su seno una amplitud triunfal. Verifícase entonces el extraordinario despertar de la antigüedad; son Venus y Apolo que resucitan adorados por los mismos papas que, desde Nicolás V, sueñan en igualar la Roma papal á la Roma imperial. Después de los precursores tan sencillos, tan tiernos y fuertes, Fra Angélico, Perugino, Boticelli y otros, aparecen las dos soberanías: Miguel Angel y Rafael, lo sobre humano y lo divino; después la caída es brusca, es preciso esperar ciento cincuenta años para llegar al Caravaggio, á todo lo que la ciencia de la pintura ha podido con-

quistar y en ausencia del génio al color y al modelado poderosos.

Continúa enseguida la decadencia hasta Bernín, que es el transformador, el verdadero creador de la Roma de los papas actuales, el hijo pródigo engendrando desde su año vigésimo toda una línea de jóvenes de piedra colosales, el arquitecto cuya aterradora actividad terminó la fachada de San Pedro, elevó la columna, decoró el interior de la basílica y levantó fuentes, iglesias y palacios sinnúmero. Y esto fué el fin de todo porque después de eso Roma fué apartándose poco á poco de la vida, se eliminó cada día más y más del mundo moderno, del mismo que si ella, que ha vivido siempre á costa de otras ciudades, se muriese por no poderlas arrebatarse nada para formar su gloria.

—¡Ah! ¡Bernín! ¡El delicioso Bernín!—siguió diciendo en voz baja Narciso, con aire desfallecido.—Es poderoso y á la par exquisito, con una palabra siempre preparada, una ingeniosidad sin cesar en acecho y una fecundidad llena de gracia y de magnificencia. ¡Bramante! ¡Su dichoso Bramante! con su obra maestra, su correcta y fría cancillería ¡y bien! admitamos que ha sido el Miguel Angel y el Rafael de la arquitectura y no hablemos más de él... Pero Bernín, ese Bernín exquisito cuyo pretendido mal gusto está formado con más delicadeza y refinamiento que la enormidad y perfección de los demás! El alma de Bernín, variada y profunda en la que toda nuestra época actual debería encontrarse, es de un amaneramiento tan triunfal, de un afán de buscar lo artificial y lo turbador y tan desprendido de las bajezas de la realidad!... Id á visitar la villa Borghese y allí veréis el grupo de Apolo y Dafné que hizo cuando no tenía más que diez y ocho años, y sobre

todo id á ver su Santa Teresa en éxtasis, que se halla en Santa María de la Victoria. ¡Ah! ¡Esa Santa Teresa! ¡El cielo abierto; el estremecimiento que el divino goce puede poner en el cuerpo de la mujer, la voluptuosidad de la fé llevada hasta el espasmo; la criatura perdiendo el aliento, muriéndose de placer en brazos de su Dios!... He pasado delante de ella horas y más horas sin poder agotar jamás lo infinitamente precioso y devorante del símbolo.

Apagóse su voz y Pedro, al que no admiraba ya su rencor sordo, inconsciente, contra la salud, la sencillez y la potencia, escuchábale apenas, entregado por completo á la idea que cada vez se arraigaba más en él, de que la Roma pagana resucitando en la Roma cristiana hacía de ésta la Roma católica, el nuevo centro político, gerárquico y dominador del gobierno de los pueblos. ¿Había sido Roma misma cristiana nunca, fuera de la época de las Catacumbas? Esto era en Pedro una prolongación, una afirmación más y más evidente de los pensamientos que le vinieran á la mente en el Palatino, en la via Appia y más tarde en San Pedro. Y aquella misma mañana en la Capilla Sixtina y en la sala de la Signatura, en medio del aturdimiento producido por la admiración, comprendió perfectamente cual era la nueva prueba que el genio le presentaba. Sin duda en Miguel Angel y en Rafael, el paganismo no aparecía más que transformado en espíritu cristiano; pero ¿acaso no se hallaba en la base misma? ¿Las gigantescas desnudeces del uno, no venían del terrible cielo de Jehová, visto á través del Olimpo? ¿Y las ideales figuras del otro, no enseñaban, bajo los castos velos de la Virgen, las carnes soberbias, deseables de Venus? Ahora tenía conciencia de ello Pedro; entraba algo de cortedad en su aba-

timiento, porque aquella prodigalidad de hermosos cuerpos, aquellas desnudeces, glorificando la ardiente pasión de la vida, iban en contra de lo que había soñado en su libro: el cristianismo rejuvenecido dando la paz al mundo; el retorno á la sencillez, á la pureza de los tiempos primitivos.

De pronto quedóse muy sorprendido al oír á Narciso, que, sin que pudiese saber porque transición, se había puesto á enterarle de la existencia diaria de León XIII.

—Habeis de saber, querido abate, que á los ochenta y cuatro años lleva una vida de voluntad y de trabajo como ni vos ni yo quisiéramos vivirla. A las seis ya está levantado, dice su misa en la capilla particular y se desayuna luego con un poco de leche. Después, desde las ocho á las doce, es un desfile continuo de cardenales, de prelados que le van á enterar de los asuntos todos de las congregaciones; todo pasa por sus ojos y os aseguro que no hay cosa más complicada ni más numerosa. A mediodía, con gran frecuencia, recibe en audiencia particular ó colectivamente. A las dos come; tras la comida, la siesta, que en verdad ha bien ganado ó el paseo por los jardines hasta las seis. Algunas veces á continuación las audiencias particulares le entretienen durante una ó dos horas. Cena á las nueve y apenas come, se sostiene con muy poca cosa. Come siempre solo en su mesita. ¡Eh! ¿Y qué os parece la etiqueta que le obliga á esa soledad? Un hombre que, desde hace dieciocho años no ha tenido jamás un convidado y que vive eternamente á solas con su grandeza! Y á las diez, después de haber rezado el Rosario con sus familiares se encierra en su habitación; pero si se acuesta duerme poco, porque padece frecuentes insomnios y se levanta llamando á un secretario para dictarle cartas ó

notas. Cuando le preocupa un asunto interesante se consagra por completo y piensa sin cesar en él. En eso está su vida, hasta su salud; es una inteligencia siempre despierta, trabajando continuamente, una fuerza y una autoridad que tienen necesidad de usarse... Ya sabeis que durante mucho tiempo cultivó con éxito y ternura la poesía latina. Creo también saber que un tiempo, en las horas de lucha, tuvo la pasión del periodismo, hasta el punto de inspirar los artículos de los periódicos adictos y hasta, según dicen, llegando al extremo de dictar algunos cuando sus ideas más queridas estaban en juego.

Quedáronse ambos silenciosos. A cada momento, y en aquella galería de los Candelabros, inmensa, desierta y solemne en medio de los inmóviles mármoles con blancuras de aparición, alargaba Narciso la cabeza para ver si el corto cortejo del papa no iba á desembocar por la Galería de los Tapices para desfilar ante ellos dirigiéndose hacia los jardines.

—No ignoráis que le bajan en una silla pequeña lo bastante estrecha para que pueda pasar por todas las puertas ¡y qué viaje! Cerca de dos kilómetros á través de las logias, de las salas de Rafael, de las galerías de pintura y de escultura, un paseo interminable antes de llegar abajo en donde le dejan en un paseo en el que espera un carruaje de dos caballos... Esta tarde hace un tiempo delicioso; con seguridad que saldrá, espere-mos y tengamos un poco de paciencia.

Y mientras que Narciso le daba todos esos detalles, veía Pedro revivir delante de él toda la extraordinaria historia. Al principio eran los papas mundanos y fastuosos del Renacimiento los que habían resucitado apasionadamente la antigüedad, soñando envolver la

Santa Sede con la púrpura imperial; Pablo II, el magnífico veneciano que mandó construir el gran palacio de Venecia; Sixto IV, al que se debe la Capilla Sixtina y Julio II y León X, que convirtieron á Roma en una ciudad de pompa teatral, de fiestas prodigiosas, de torneos, de bailes, cacerías, mascaradas y festines.

El papado había hallado el Olimpo bajo la tierra, envuelto en el polvo de las ruinas y como embriagado por aquella oleada de vida que subía desde el vetusto suelo, creó museos, restauró los soberbios templos del paganismo devueltos al culto de la universal admiración. Jamás la Iglesia corrió peligro más mortal que aquel, porque si Cristo continuaba siendo honrado en San Pedro, Júpiter y todos los dioses, todas las diosas de mármol, de hermosas triunfantes carnes, reinaban en las salas del Vaticano. Pasó después otra visión; la de los papas modernos antes de la ocupación de Roma por los italianos. Pío IX libre aun y saliendo con mucha frecuencia á recorrer su ciudad de Roma. Su gran carroza roja y oro arrastrábanla seis caballos, rodeábala un piquete de la guardia suiza y la escoltaba un pelotón de guardias nobles. Algunas veces el papa se apeaba del carruaje en el Corso y seguía su paseo, y entonces los guardias de á caballo se adelantaban avisando y mandando detener todo el movimiento. Enseguida poníanse en hilera todos los coches de los que se apeaban los hombres para arrodillarse en el empedrado, mientras que las mujeres se ponían únicamente en pie inclinando devotamente la cabeza al pasar el Santo Padre, que con un paso lento iba así hasta la plaza del Pópulo seguido de su corte, sonriendo y bendiciendo. Y luego seguía á Pío IX, León XIII, el pri-

sionero voluntario encerrado en Roma desde hacía dieciocho años, habiendo adquirido una majestad mucho más alta, una especie de misterio sagrado y temible tras las gruesas y silenciosas murallas en el fondo de aquel desconocido país en donde se deslizaba la vida discreta de cada uno de sus días.

¡Ah! ¡Ese papa al que no se le encuentra, al que no se le ve jamás, ese papa oculto á la mayoría de los hombres lo mismo que una de esas divinidades terribles á las que solo sus sacerdotes se atreven á mirar á la cara! Y se encerró en ese suntuoso Vaticano que sus antepasados del Renacimiento edificaron y adornaron para dar gigantescas fiestas; y vive allí aprisionado con los hombres hermosos y las hermosas mujeres de Miguel Angel y Rafael, con los dioses y diosas de mármol, el esplendoroso Olimpo celebrando á su alrededor la religión de la luz y de la vida. Todo el papado bañado allí con él en el paganismo. ¡Qué espectáculo, cuando aquel anciano débil, de una blancura pura, sigue esas galerías del Museo de Antigüedades para dirigirse á los jardines! A derecha é izquierda míranle pasar las estatuas con toda la desnudez de sus carnes al descubierto, y le contemplan Júpiter, Apolo, y es Venus la dominadora y es Pan, el dios universal en cuya risa suenan las alegrías de la tierra. Son también las nereidas que se bañan en la ola transparente, las baccantes que, sin velo, se revuelcan entre las hierbas cálidas y centauros que galopan llevándose á sus humeantes reinos desmayadas jóvenes; Ariana sorprendida por Baco, Ganimedes acariciando el águila, Adonis inflamando las parejas con su llama. Y el blanco anciano sigue su camino balanceándose sobre la sillita baja, atravesando por entre todo ese triunfo de la carne, de

esa desnudez al descubierto, glorificada y que aclama la supremacía de la Naturaleza, la materia eterna.

Desde que la encontraron, exhumaron y honraron, reina de nuevo la materia imperecedera, y en vano han puesto hojas de parra á las estatuas, lo mismo que vistieron las grandes figuras de Miguel Angel, porque el sexo flamea, desbórdase la vida y la sávia circula á torrentes por las venas del mundo. Allí cerca, en la Biblioteca Vaticana, de incomparable riqueza y en la que duerme toda la ciencia humana, hay un peligro mucho mayor aún, podría haber una explosión que se llevase al Vaticano y hasta á San Pedro si un día los libros se despertasen á su vez hablando alto, como hablaba la belleza de las Venus y la virilidad de Apolos. Pero el blanco anciano, tan diáfano, parece que no vé, que no oye nada y las colosales cabezas de Júpiter, los hombros de Hércules y las equívocas caderas de Antinoo, siguen viéndole pasar.

Lleno de impaciencia decidióse Narciso á interrogar á uno de los guardas del Museo, que le dijo que su Santidad había ya pasado. Y efectivamente, muchas veces para atajar pasaban por una galería cubierta, que desembocaba delante de la Moneda.

—Bajémos también,—dijo Narciso á Pedro— ¿queréis? Deseo que veais los jardines.

Al llegar abajo, al vestíbulo, se puso hablar con otro guarda, con un antiguo soldado pontificio al que conocía personalmente. Inmediatamente le dejó pasar con su acompañante; pero no pudo asegurarle si monseñor Gamba del Zoppo acompañaba ó no aquel día á Su Santidad.

—No importa, —añadió Narciso cuando se encontraron los dos solos en el paseo— pues no desespero aún

de que tengamos un buen encuentro... Mirad, estos son los famosos jardines del Vaticano.

Son muy vastos y el Papa puede recorrer cuatro kilómetros por caminos abiertos en el bosque y pasando por la viña y el huerto. Esos jardines ocupan la meseta de la colina Vaticana que el antiguo muro de León IV, rodea aún por todas partes, lo que le aísla de los valles inmediatos, lo mismo que si fuese la cima de un recinto fortificado. En otros tiempos ese muro llegaba hasta el castillo de Santangelo y formaba lo que se llamaba la Ciudad Leonina. No domina nada ni nadie esos jardines, en los que no puede penetrar ninguna mirada indiscreta como no sea desde la gigantesca cúpula de San Pedro, cuya enormidad es la única que los alcanza con su sombra en los ardientes días del estío. Forman por otra parte, un mundo, un conjunto completo y variado que todos los papas embellecieron á porfía; un gran parterre con simétricos musgos en el que se destacan dos hermosísimas palmeras, y adornado con naranjos y limoneros, colocados en grandes macetas; un jardín más libre, más sombrío, en el que en medio de espesos setos de ojaranzos, se encuentra el Aquilón, la fuente de Juan Vesancio y el antiguo casino de Pío IV, y enseguida vienen los bosques con soberbias encinas verdes, bosquecillos de plátanos, acacias y pinos, cortados por espaciosos caminos de encantadora dulzura, para dar largos y lentos paseos, y por último, hácia la izquierda, y tras unos cuantos árboles, el huerto y una viña con unas vides admirablemente cuidadas.

Sin dejar de andar á través del bosque, dió Narciso muchos detalles á Pedro acerca de la vida del Santo Padre en aquellos jardines. Cuando el tiempo lo per-

mitía, se paseaba un día sí y otro no. Antiguamente, al llegar el mes de Mayo, los papas abandonaban el Vaticano por el Quirinal, ó se iban á pasar los grandes calores á Castelgandolfo, en las orillas del lago Albano. Hoy el papa no tiene más para residencia de verano, que una antigua torre del recinto de León IV poco menos que intacta. Y allí es á donde se va á vivir durante los días más calurosos. Y es más, ha mandado construir á su lado un pabellón para que se instale en él su servidumbre en caso necesario.

Narciso, como familiar de la casa, entró con toda libertad y consiguió que Pedro pudiese echar una ojeada á la única habitación que ocupaba Su Santidad, vasta pieza redonda, con techo semi-esférico, y con el cielo raso pintado con las figuras simbólicas de las constelaciones, de las que una, el León, tiene dos estrellas por ojos que un sistema especial de alumbrado hace brillar durante la noche. Las paredes tienen tal espesor, que tapiando una de las ventanas se ha podido formar como un cuartito en un hueco, en el que se ha colocado un gran sillón. El mobiliario no se compone más que de la gran mesa para el trabajo, otra pequeñita, movable, para comer, y un amplio y cómodo sillón todo él dorado y que, por cierto, es uno de los regalos del jubileo episcopal. Y medita en los días de soledad, de silencio absoluto, en la sala baja del torreón, fresca como un sepulcro cuando los ardorosos soles de Julio y de Agosto abrasan á lo lejos á Roma abrumada bajo el calor.

Después venían algunos detalles más. En otra torre habían instalado un observatorio astronómico que se veía por entre las copas verdes de los árboles, con su blanca cúpula. Hay también entre los árboles un pequeño chalet suizo en el que á León XIII le agrada

descansar. Algunas veces llega hasta el huerto; pero lo que interesa más es la viña que visita con frecuencia para ver si maduran las uvas y si será buena la cosecha. Pero lo que le llamó más la atención al joven presbítero, fué el saber que el Padre Santo era un cazador acérrimo cuando la edad aún no le había debilitado. Cazaba con *roccolo*, pero de una manera apasionada. En las lindes de los matorrales colocaban las redes de malla ancha á lo largo de un paseo que orillan y de ese modo cierran por los dos lados. En medio, en el suelo colocan las jaulas con los reclamos y los cimbeles cuyo canto no tarda en atraer á los pajarillos de los alrededores, como jilgueros, pardillos, ruiseñores y otros de varias clases, y cuando una bandada estaba ya allí León XIII, sentado aparte y al acecho, palmoteaba con las manos y asustaba á los pajarillos que echaban bruscamente á volar enredándose sus alas en las anchas mallas de la red. No quedaba que hacer más que recogerlos y matarlos con una ligera ñada. El becafigo asado es un bocado exquisito.

Cuando volvían por el bosque, tuvo Pedro otra sorpresa; de pronto tropezó con una gruta de Lourdes, con una imitación en pequeño, reproducida con el auxilio de rocas y piedras de cemento. Su emoción fué tan grande, que no pudo ocultársela á su compañero.

—¿De modo que es verdad? Me lo habían dicho, pero no quise creerlo, porque suponía que el Padre Santo era más intelectual y estaba desprendido de esas bajas supersticiones.

—¡Oh!—respondió Narciso,—Creo que esa gruta data de Pío IX, que profesaba particular devoción á Nuestra Señora de Lourdes. En todo caso, debe ser al-

gun regalo y que León XIII ha dado sencillamente orden para que lo conserven.

Durante algunos minutos permaneció Pedro mudo é inmóvil ante aquella reproducción, ante aquel juguete infantil de la fé. Algunos visitantes habían pasado por aquellos sitios con devoto celo y dejado sus tarjetas metidas entre las hendiduras del cemento. Esto fué para Pedro origen de una gran tristeza y echó á andar tras de su compañero con la cabeza inclinada y entregándose á sus cavilaciones desoladas acerca de la imbecil miseria del mundo. Después, al salir del bosque y hallarse de nuevo enfrente del parterre, levantó los ojos.

¡Dios santo! ¡Qué final más hermoso de un día sereno y qué encanto victorioso se desprendía de la tierra en aquella parte adorable de los jardines! Más aun que bajo las agradables sombras del bosque, más aun que entre las viñas fecundas, sentía allí toda la fuerza de la poderosa naturaleza, en medio de aquel parterre desnudo, desierto, noble y agostado. Apenas se veían por encima de los entecos musgos, que adornaban con simetría los compartimientos geométricos dibujados por los paseos, algunos arbustos no muy elevados, rosales enanos, aloes, contados macizos de flores medio secas y, preparadas con el gusto barroco de épocas pasadas, algunas plantas verdes dibujando en el suelo las armas de Pío IX. El rumor cristalino del agua del surtidor, una continua lluvia de gotas que caían en el tazón de marmol central, era lo único que turbaba el ardoroso silencio de aquellos parajes. Roma entera, con su cielo ardiente, su gracia soberana, su conquistadora voluptuosidad, parecía que animaba con su alma aquella cuadrada decoración, vasto mosaico de verdura, cuyo semi abandono y rojiza ruína tenían algo de melancólica

fiereza, con el extremecimiento muy antiguo de una pasión de fuego que no podía morir. Y dominando al aroma de los pinos y de los eucaliptus, y más fuerte aun que el de los naranjos en la madurez de su fruto, elevábase otro olor, el de los grandes bojés amargos, tan cargado de vida violenta, tanto que turbaba al pasar como el olor mismo de la virilidad de aquel vetusto suelo saturado de polvo humano.

—Es muy extraordinario que no hayamos encontrado á Su Santidad,—dijo Narciso,—y sin duda su coche se internó en el otro paseo del bosque, mientras nos deteníamos en la torre de León IV.

Y volvió á ocuparse de su primo, de monseñor Gamba del Zoppo, explicando cuáles eran sus funciones como *copiere*, escanciador del papa, que aquel tenía que desempeñar como uno de sus cuatro camareros secretos participantes y no constituían más que un cargo puramente honorífico, sobre todo, desde que las comidas diplomáticas y las dadas en honor de la consagración de algún obispo se verificaban en la secretaría del Estado, en el domicilio del cardenal secretario.

Monseñor Gamba del Zoppo, cuya insignificante nulidad era legendaria, parecía no tener que desempeñar más papel que el de recrear á León XIII que le estimaba mucho por sus contiñas adulaciones y por las anécdotas que contaba, sacadas de todas partes, lo mismo de la sociedad blanca que de la negra. Aquel hombre grueso y amable, condescendiente y hasta servicial, cuando no entraba en juego su interés, era una gaceta viviente que se hallaba al corriente de todo y que no desdeñaba las hablillas de las cocinas; de esta manera se encaminaba tranquilamente hacia el cardenalato, seguro de obtener el capelo, sin tomarse más

molestias que la de llevar noticias y cuentos para las horas agradables del paseo. Y Dios solo sabe si podía hacer grandes cosechas en ese cerrado Vaticano en el que se agita semejante pululamiento de prelados de todas clases, en esa familia pontifical sin mujeres compuesta de solterones con sotana, sordamente trabajados por desmedidas ambiciones, por luchas sordas y abominables, por rencores feroces que, según dicen, llegan á veces hasta á apelar al bueno y viejo veneno de los tiempos antiguos.

De pronto detúvose bruscamente Narciso.

—¡Mirad!—exclamó.—Bien lo sabía yo... ahí tenéis al padre santo... pero hemos tenido poca suerte puesto que ni siquiera nos verá. Va á subir al coche.

Y en efecto, la carretela se acercó á la linde del bosque y un grupo formado por unas cuantas personas, y que salió de un sendero, se encaminó hacia aquel lugar.

A Pedro se le figuró que había recibido un gran golpe en el corazón. Inmóvil como su compañero, medio oculto tras la elevada maceta de un limonero no pudo ver más que de lejos al blanco anciano, tan delicado entre los pliegues de su sotana de nivea blancura y moviéndose lentamente con un paso menudito, con el que más que andar parecía como que se deslizaba sobre la arena. Apenas pudo ver el demacrado rostro de color de antiguo marfil diáfano, acentuado por su gran nariz sobre los delgados labios; pero los negros ojos relucían con una sonrisa y con la curiosidad, mientras que la cabeza se inclinaba á la derecha, hácia monseñor Gamba del Zoppo, grueso, reluciente y digno, y que á la cuenta estaba acabando de contar alguna historia. Al otro lado, á la izquierda, iba un guardia noble y otros dos prelados los seguían.

No fué aquello más que una aparición familiar, pues León XIII subía al carruaje, una carretela cerrada. Y Pedro, en medio de aquel jardín, caluroso y oloroso, volvió á experimentar la misma singular emoción que experimentaba en la galería de los Candelabros cuando evocó el paso del papa por delante de los Apolos y de las Venus haciendo gala de su triunfal desnudez. Allí no era más que el arte pagano el que celebraba la eternidad de la vida, las fuerzas soberbias y todopoderosas de la Naturaleza. Y de ahí que allí le veía bañarse en la Naturaleza misma, en la más hermosa, la más voluptuosa y la más apasionada. ¡Ahl! Ese papa, aquel blanco anciano, que paseaba su Dios de dolor, de humildad, de renuncia á todo lo mundano por los paseos de ese jardín de amor, durante las lánguidas tardes de los ardorosos días del estío bajo las caricias de los olores, de los penetrantes aromas de los pinos y de los eucaliptos, de los naranjos en su madurez y de los grandes bojés amargos! Pan, todo él, le envolvía con los soberanos efluvios de su virilidad. ¡Qué bien se debía vivir allí entre las magnificencias del cielo y de la tierra y amar la belleza de la mujer y gozar entre la fecundidad universal! Bruscamente se revelaba esa verdad decisiva; la de que en aquel país de luz y de alegría, no había podido surgir más que una religión temporal de conquista, de dominación política y no la religión mística y sufrida del Norte, una religión del alma.

Narciso se llevó al presbítero contándole aun historias; la bondad de que daba pruebas á veces León XIII, deteniéndose á hablar con los jardineros, preguntándoles acerca del estado de los árboles y la venta de las naranjas. Y también le contó el cariño que había to-

mado á dos gacelas, regalo que le enviaron desde Africa, lindos animalejos finos á los que le gustaba acariciar y cuya muerte deploró. Por otra parte Pedro no le escuchaba y cuando llegaron ambos á la plaza de San Pedro se volvió y contempló una vez más el Vaticano.

Fijáronse sus miradas en la puerta de bronce, y se acordó de que por la mañana se había preguntado que se ocultaba tras de aquellos cuarterones de metal, adornados con gruesos clavos de cabeza cuadrada. Y no se atrevió á responderse aún; no se atrevió á decidirse sobre si los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia encontrarían allí la religión esperada por las democracias de mañana, porque no llevaba más que una impresión primera: pero, ¡que viva era esa impresión! y que comienzos de desastre para su ensueño! Una puerta de bronce ¡sí! dura é inexpugnable, cerrando el Vaticano tras sus antiguas hojas, separándolo del resto de la tierra y de una manera tan completa que hacia tres siglos que allí no había entrado nada. Detras de ella acababa de ver renacer los siglos antiguos, hasta el XVI, inmutables. Allí habíanse como detenido los tiempos para siempre y nada se movía; conservándose todo hasta los trajes de los guardias suizos, de los guardias nobles y de los prelados que no habían sufrido ninguna alteración y allí se encontraba el mundo tal cual era, hacia trescientos años, con su etiqueta, sus vestimentas y sus ideas. Si desde hace veinticinco años los papas, para protestar altaneramente, se encierran voluntariamente en su palacio, ese aislamiento, ese secular encierro en el pasado, en la tradición, data desde mucho más lejos y presentaba otro peligro mucho más grave. Todo el catolicismo acabó por encerrarse como ellos, obstinándose en sus dogmas, no viviendo ya, in-

móvil y erguido, más que gracias á la fuerza que tiene su vasta organización jerárquica. ¿Era entonces que á pesar de su aparente ductibilidad, el catolicismo no podía ceder en nada, so pena de ser atrastrado? ¡Y qué mundo tan terrible, tan orgulloso, tan ambicioso y lleno de rencores y de luchas! ¡Y que prisión más extraña, que aproximaciones bajo los cerrojos; Cristo en compañía de Júpiter Capitolino, toda la antigüedad pagana fraternizando con los Apóstoles; todos los esplendores del Renacimiento rodeando al pastor del Evangelio, al que reina en nombre de los sencillos y de los pobres! En la plaza de San Pedro declinaba el sol, la dulce voluptuosidad romana caía del cielo límpido, y el joven presbítero quedó trastornado después de tan hermoso día pasado con Miguel Angel, Rafael, las antigüedades y el papa en el palacio más grande del mundo.

—Dispensadme, querido abate,—dijo Narciso,—pero ahora os confieso; temo mucho que mi primo no se quiera comprometer con vuestro asunto... Le veré... pero haréis muy bien en no confiar mucho en él.

Eran cerca de las seis cuando aquella tarde volvió Pedro al palacio Boccanera; por costumbre y por modestia entraba por la puertecilla de la escalera de servicio cuyo llavín tenía en su poder; pero aquella mañana había recibido una carta del vizconde Filiberto de la Choue que quería enseñar á Benedetta, y subió por la escalera principal, admirándole mucho no encontrar á nadie en la antecámara. Generalmente, cuando el criado tenía que salir, se instalaba allí Victorina y se ponía á coser con toda tranquilidad. Su silla estaba efectivamente, y hasta encima de una mesa se veía la costura abandonada que había allí olvidado; indudablemente se había marchado y Pedro se permitió entrar en el primer sa-

lón. Era casi de noche y el crepúsculo se apagaba con moribunda dulzura y el presbítero se quedó sobrecogido y sin atreverse á seguir adelante porque, procedente del salón vecino, del gran salón amarillo, oyó rumor de voces ahogadas, empellones, tropezones, una lucha en fin. Eran súplicas ardientes y después ruidos sordos, respiraciones entrecortadas, anhelosas. Y, bruscamente, no vaciló más, se sintió como impulsado á su pesar por la certidumbre de que alguno se defendía en aquella habitación y que iba á sucumbir.

Quando se precipitó, fué grande su estupor. Darío estaba allí, enloquecido, trastornado por el deseo desenfrenado en el que se revelaba la ardiente sangre de los Boccanera, en su agotamiento elegante del fin de la raza y sujetaba á Benedetta por los hombros, habiéndola derribado en un sofá violentándola, queriéndola hacer suya y abrasándola el rostro con sus palabras.

—¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios no quieras que yo muera y tú también! Puesto que tu misma dices que todo ha concluído y que jamás se anulará ese matrimonio, no seamos más desgraciados de lo que somos ¡ámame como me amas y déjame que te ame! ¡Déjame que te ame!

Pero con los brazos extendidos, llorosa, con rostro de ternura y de indecible sufrimiento, rechazábale la *contessina*, animada también por una fiera energía repitiendo:

—¡No! ¡No! ¡Te amo, pero no quiero! ¡No quiero!

En ese instante, y á pesar de lo trastornado que se hallaba, experimentó Darío la sensación de que entraba alguien. Se irguió con violencia y miró á Pedro con un aire de alelada demencia y sin reconocerle. Pasóse después las manos por el rostro; tenía húmedas las

mejillas y ensangrentados los ojos, y huyó exhalando un suspiro, un gemido terrible y doloroso en el que su deseo no saciado luchaba con las lágrimas y el arrepentimiento.

Benedetta se quedó sentada en el sofá, sufriendo y agotadas sus fuerzas y su valor; pero al ver el movimiento que hizo Pedro para retirarse á su vez, muy embarazado con el papel que desempeñaba allí y no sabiendo qué decir, con voz que se iba calmando le dijo:

—No, no, señor abate, no os vayáis... os lo suplico, sentáos, pues deseo hablaros un momento.

Creyó no obstante que debía excusarse por su brusca entrada y explicó como había encontrado abierta la puerta del primer salón y que únicamente había hallado en la antesala el trabajo de Victorina abandonado sobre una mesa.

—¡Pues es cierto, Victorina debía estar allí!—exclamó la *contessina*.—Hacia poco que la había yo visto. La llamé cuando mi pobre Darío perdió la cabeza ¿porque no ha venido?

Obedeciendo después á un movimiento de expansión, inclinándose á medias y con la faz aún encendida á consecuencia de la lucha, añadió:

—Escuchadme, señor abate, voy á explicaros todo lo que hay para que no forméis mala opinión de mi pobre Darío, pues esto me causaría mucha pena... para que veais lo que son las cosas. De lo que ha sucedido tengo yo la mayor parte de la culpa. Ayer noche me pidió una cita para que pudiésemos hablar tranquilamente, y como sabía que mi tía no se hallaría aquí á estas horas le dije que viniese. ¿No es verdad que esto era muy natural? Después de la gran pena que nos causó la noticia que hemos recibido de que mi

casamiento no se anulará jamás, debíamos hablar para ponernos de acuerdo... Sufríamos mucho y era necesario tomar una resolución. Y entonces cuando estuvo aquí nos echamos los dos á llorar y hemos permanecido largo rato abrazados, acariciándonos y mezclando nuestras lágrimas. Le besé mil veces, repitiéndole que le adoraba, que estaba desesperada al causar su desgracia y que me moriría seguramente de pena al verle tan desgraciado. Tal vez ha podido creerse que yo le alentaba, no es un ángel, no debí haberle tenido abrazado durante tanto tiempo... ya lo comprendéis, señor abate; se puso al fin como un loco por querer la cosa que, delante de la *Madona*, he jurado no entregar nunca más que á mi marido.

Dijo Benedetta esto sencillamente, sin cortedad alguna, con su aire de joven razonable y práctica. Una débil sonrisa apareció en sus labios cuando continuó:

—Le conozco muy bien á mi pobre Darío y eso no me impide que le ame, al contrario. Tiene el aire delicado, hasta un poco enfermizo, pero en el fondo es un apasionado, un hombre que tiene necesidad del placer. ¡Sí! Es la antigua sangre que hierve en sus venas y sé algo de eso, porque he tenido, siendo pequeña, accesos de cólera que me han hecho revolcar por el suelo y aún hoy, cuando el gran soplo pasa, es preciso que me violente, que me torture para no cometer las tonterías más grandes... ¡Pobre Darío! ¡Qué poco sabe sufrir! Es como un niño cuyos caprichos deben ser satisfechos en el acto, pero, sin embargo, en el fondo tiene mucha razón, y me espera, por que dice que la felicidad formal está conmigo que le adoro.

Vió entonces Pedro precisarse para él esa figura del joven príncipe que hasta entonces había visto con va-

guedad. Muriéndose de amor por su prima no había dejado de divertirse. Un fondo de perfecto egoísmo; pero á pesar de todo un buen muchacho. Sobre todo tenía una incapacidad absoluta para sufrir, un horror muy grande hácia el sufrimiento, la fealdad y la pobreza tanto para si como para los demás. Su carne y su alma eran para la alegría, el esplendor, la apariencia y la vida á la luz del sol. Y acabado, agotado, no tenía fuerza más que para esa vida de ocioso no sabiendo ni pensar ni querer, hasta el punto de que no se le había siquiera ocurrido la idea de formar al lado del nuevo régimen.

Con esto y con un orgullo desmesurado de romano, la pereza mezclada con una sagacidad y un sentido práctico de la realidad, siempre dispuesta, tenía además el encanto final de su raza que se acababa, con su continuo deseo de mujer, con accesos de frenético deseo y una sensualidad fiera que á veces se manifestaba de una manera imprevista.

—Que mi pobre Darío se vaya á ver á otra, yo se lo permito,—añadió Benedetta bajando la voz y con hermosa sonrisa.—¿No es verdad? No hay que pedir imposibles á un hombre y yo no quiero que se muera.

Y como Pedro la mirase con asombro, porque aquello trastornaba sus ideas acerca de los celos de los italianos, exclamó Benedetta, ardiendo con su apasionada adoración.

—No, no, por eso no tengo celos. Es para su placer y no me da pena. Se muy bien que volverá siempre á mi lado y que no será más que mío, pero solo mío, el día en que yo quiera ó pueda.

Quedáronse silenciosos, el salón se fué llenando de sombra; el oro de las grandes cónsulas perdiendo su

fulgor y una melancolía infinita caía del alto y oscuro artesonado y de las antiguas tapicerías de color de otoño. De pronto, y por una de esas casualidades que produce la luz, se destacó un cuadro, colocado encima del sofá en que se hallaba la *contessina*; el cuadro era el retrato de la joven del turbante, de la hermosa Cassia Boccanera, la antepasada enamorada y justiciera. De nuevo llamóle la atención el parecido al presbítero, que, pensando en alta voz, dijo:

—La tentación es la más fuerte, y llega un momento en que se sucumbe, y hace un momento si yo no hubiese entrado.....

Interrumpióle Benedetta con violencia.

—¡Yo! ¡A mi no! No me conocéis, antes habría muerto.

Y con una extraordinaria y exaltada devoción, animada toda ella por el amor, y como si la fé supersticiosa hubiese encendido la pasión hasta el éxtasis, añadió con vehemencia:

—He jurado á la *Madonna* no dar mi virginidad más que al hombre que amase, pero únicamente el día en que sea mi marido, y ese juramento lo he cumplido á costa de mi dicha, y lo sostendré á costa de mi vida si es preciso... Si, Darío y yo moriremos si es preciso, pero la Virgen santa tiene mi palabra y los ángeles no llorarán en el cielo.

En esto estaba retratada por completo, con una sencillez que al principio podía parecer complicada é inexplicable. Sin duda obedecía á esa singular idea de nobleza humana que el cristianismo ha puesto en la dominación de la carne y la pureza, toda una protesta contra la eterna materia, las fuerzas de la naturaleza,

la fecundidad sin fin de la vida. Pero en ella, había mucho más aún, un precio de amor inestimable dado á la virginidad, un regalo exquisito, de una alegría infinita, que quería hacer al amante elegido, escogido por su corazón, convertido en señor absoluto de su cuerpo en cuanto Dios los hubiese unido. Para Benedetta, fuera del ministro del Señor y del casamiento religioso, no había más que pecado mortal y abominación. Y entonces se comprendía su larga resistencia á Prada, al que no amaba, y su resistencia desesperada y dolorosa á Darío, al que adoraba, pero al que no quería entregarse más que en legítima unión. ¡Y que tortura para aquel alma enamorada, la de tener que resistir á su amor! ¡Qué continuo combate entre el deber, el juramento hecho á la Virgen, y la pasión, esa pasión de su raza que, á veces, como ella misma lo confesaba, soplabá tempestuosamente! Por muy ignorante é indolente que fuese, capaz de una eterna fidelidad de ternura, exigía aparte de eso, lo serio, lo matinal del amor. Ninguna mujer no estaba tan poco entregada como ella al desvarío.

Contemplóla Pedro á la luz del crepúsculo moribundo y se le figuró que la veía y comprendía por primera vez. Su dualidad rebelábase en sus labios un poco gruesos y carnosos, en sus ojos inmensos, negros y sin fondo y en su rostro tan tranquilo, tan razonable y de una delicadeza infantil. Con eso, detrás de sus ojos de fuego, bajo aquel cutis tan puro, tan terso, adivinábase la tensión interior de la supersticiosa, de la orgullosa y voluntariosa, la mujer que se conservaba obstinadamente para su amor, no obrando más que para gozar de él, siempre dispuesta, con su despierta razón á evitar cualquier locura que pudiese arrastrarla. ¡Ah! ¡có-

mo se explicó que la amasen! ¡Como comprendió que una criatura tan adorable, con su hermosa sinceridad, su deseo de reservarse para entregarse mejor, debía llenar la existencia de un hombre! Y se le presentó como la hermana menor de aquella Cassia, deliciosa y trágica, que no había querido vivir con su virginidad, en adelante inútil, y que se arrojó al Tíber arrastrando á su hermano y el cadáver de su amante Flavio.

Impulsada por un movimiento de simpatía, Benedetta asió las manos de Pedro.

—Hace quince días, señor abate, que estais aquí y os aprecio mucho, porque comprendo que sois mi amigo. Si nos comprendéis en el primer momento, no por eso debeis juzgarnos mal. Os juro que, por muy poco sabia que sea, procuro siempre obrar de la mejor manera posible.

Conmovióle mucho con su benévola gracia y la dió las gracias, conservando un momento entre las suyas las hermosas manos de Benedetta, porque también se apoderaba de él, una gran ternura. Se apoderó de él un nuevo ensueño, el de ser su educador, si para ello tenía tiempo, y no marcharse sin haber, al menos, conquistado aquel alma para las ideas de caridad y fraternidad futuras que eran las suyas. ¿No representaba á la Italia de ayer esa criatura admirable, indolente, ignorante, desocupada, que solo sabía defender su amor? La Italia de ayer, tan hermosa y adormecida, con su gracia acabada, encantadora en su adormecimiento y que guardaba tanto desconocido en el fondo de sus negros ojos, ardientes de pasión. ¡Y que papel el de despertarla, instruirla, conquistarla para la verdad, el pueblo de los que sufren y de los pobres, la Italia rejuvenecida de mañana y tal cual él la soñaba! Hasta en aquel desas-

troso casamiento con el conde Prada y en su ruptura, quería Pedro ver una tentativa abortada, la Italia moderna del Norte queriendo apresurar demasiado el trabajo, demasiado brutal para amar y para transformar á la dulce Roma tan atrasada, grande aún y perezosa. Pero ¿no podía reanudar el trabajo, no había observado que su libro, después de la impresión producida por la primera lectura, había quedado en ella como una preocupación, un interés en medio del vacío de sus días, llenos solos con sus penas? ¡Cómo! ¿No era posible interesarse por los demás, por los pequeños de este mundo, en la dicha de los mismos, y no había en todo esto un alivio de la propia miseria? Estaba ya conmovida y él se prometió hacerla derramar lágrimas, estremeciéndose él mismo á su lado, al pensamiento del infinito amor que daría el día en que ella amase.

Hízose por completo de noche y Benedetta habíase levantado para pedir una lámpara. En el momento en que Pedro se despedía de ella, detúvole entre la semi-oscuridad. No la veía, y la oyó únicamente decir con su voz grave.

—¿No es verdad, señor abate, que no formaréis mala opinión de nosotros? Darío y yo nos amamos y esto no es un pecado cuando se es prudente... ¡Ah! ¡Sí! ¡Le amo y desde hace mucho tiempo! Figuráoslo; tenía yo apenas trece años y él dieciocho y nos queríamos, nos amábamos como locos, en ese gran jardín de la villa Montefiori que han destrozado. ¡Ah! ¡Cuántos días hemos pasado allí, tardes enteras, perdidos entre los árboles, vivido horas y más horas en el fondo de enmarañados escondites besándonos como querubines! Cuando llegaba el tiempo de la madurez de las naranjas había allí perfumes que nos embriagaban. Y los

grandes bojes amargos como nos envolvían, y con su olor penetrante, como hacían latir nuestros corazones! Ahora no puedo respirar esos olores sin desfallecer.

Entró un criado con la lámpara y Pedro subió á su cuarto. En la escalerilla encontró á Victorina que experimentó un ligero estremecimiento como si se hallase allí á propósito acechando su salida del salón. Le siguió y habló informándose, y de pronto tuvo el presbítero conciencia de todo lo ocurrido.

—¿Por qué no acudistéis cuando os llamó vuestra ama ya que estabáis cosiendo en la antesala?

Al principio quiso hacerse la ignorante y decir que no había oído nada, pero su cara franca y leal no podía mentir y reíase apesar de todo. Y al fin lo confesó con su aire animoso y alegre.

—¡Diantre! ¿Es qué acaso me tocaba á mi intervenir entre enamorados? Y después de todo estaba bien tranquila por que sabía que el príncipe ama demasiado á Benedetta para hacerla daño.

La verdad era que, comprendiendo de lo que se trataba, al oír el primer llamamiento de angustia dejó sin hacer ruido la labor sobre la mesa y se marchó á paso de lobo para no estorbar á sus queridos hijos como los llamaba.

—¡Ah! ¡Pobre niña!—exclamó.—¡Qué mal hace en martirizarse con esas ideas del otro mundo! Puesto que se aman tanto ¿en dónde estaría, Dios mío, el mal, si gozasen algo de la dicha? La vida no es tan buena que se deba despreciar la ocasión ¡y qué pesar más grande, más adelante, el día en que no sea ya tiempo!

Al quedarse solo en su cuarto sintióse Pedro de pronto trastornado, vacilante ¡los grandes bojes amargos! ¡Los grandes bojes amargos! Como él habíase ella

extremecido con su violento aroma de virilidad y volvían y evocaban los de los jardines pontificales, de los voluptuosos jardines romanos, desiertos y ardientes bajo el augusto sol. El día entero que había pasado se resumía y tomaba con toda claridad su total significación. Era el despertar fecundo, la eterna protesta de la naturaleza y de la vida, la Venus y el Hércules, á los que pueden ocultar durante siglos enteros bajo la tierra pero que, á pesar de todo, surgen un día, á los que pueden querer encerrar tras las murallas en el fondo del Vaticano dominador, inmóvil y testarudo, pero que reinan hasta allí y gobiernan soberanamente el mundo.



VII

AL día siguiente, y después de un largo paseo, hallóse Pedro delante del Vaticano, sitio al que por una especie de obsesión iba á parar siempre, se encontró de nuevo con monseñor Nani. Era un miércoles por la tarde y el asesor del Santo oficio salía de su audiencia semanal con el papa, al que había dado cuenta de la sesión celebrada por la mañana por la sagrada congregación.

—¡Qué venturosa casualidad, hijo mío! Precisamente me estaba acordando de vos. ¿Deseáis ver en público á Su Santidad antes de que os reciba en audiencia particular?

Tenía, al decir esto, su gran aire de sonriente amabilidad, en la que apenas se traslucía la ligera ironía del hombre superior que lo sabía todo, que lo podía todo y preparaba todo.

—Sin duda alguna, monseñor,—respondió Pedro